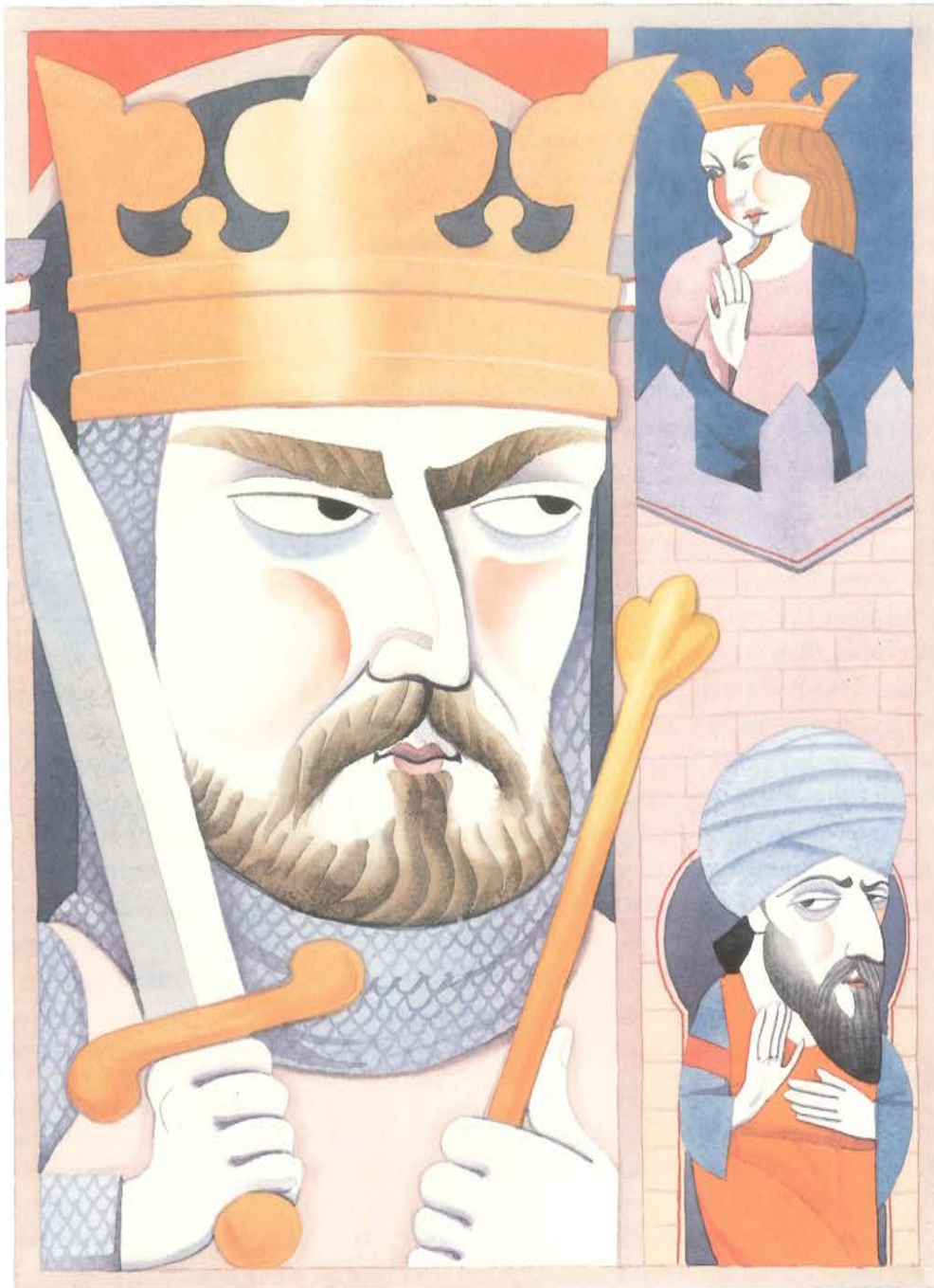


ALFONSO I *EL BATALLADOR* EN LA BOCA DEL INFIERNO



ajo los pies de Alfonso I la tierra olía a raíces y a escarabajos. Durante sus andanzas por las trochas de Echo, donde corrían al atardecer un rebeco malherido y una ninfa que dejaba un hilillo de sangre sobre los romeros, nada le hacía presumir su destino. Le gustaba descubrir un matorral de endrinos, los lentos arroyuelos que encharcan los pastos y las salamandras diminutas, cuyo vientre se hincha y se estremece en el fondo de los manantiales. Uno de sus instructores, cuando interrumpían las lecciones de gramática y los latines de Julio César, le hablaba de monjes de perilla bien conformada, con sus hábitos de lino y de cáñamo, y de sus horas de estudio. Le decía que perdían la noción del tiempo escribiendo vidas de santos y pintando en miniaturas sus prodigios. Le hablaba de los misteriosos carolingios, con sus joyas, sus filigranas de oro y aquellos cascos decorados de esmeraldas; le hablaba de los túneles soterraños del monasterio de Siresa, donde residían. Le hacían creer que, al otro lado de las cloacas y los calabozos, por las noches se escurría una serpiente interminable cuyo silbo ahuyentaba a los frailes con un murmullo de muerte. Su preceptor predilecto era el abad Galindo de Abós, aunque también admiraba la gentileza de su madre, Felicia de Roucy, que no solía descuidar su educación. Encerrado en la cámara de la biblioteca o en los cobertizos, pensaba en ella. Era enjuta y proporcionada de carnes, blanca y rosada de faz, comedida y muy dulce. Jamás se enojaba y a veces, cuando retornaba de sus palacios de Jaca o de una sesión de Cortes con el monarca Sancho Ramírez, su esposo, tenía ganas de relatarle innumerables sucesos. Le decía que sus hermanos Fernando y Pedro deslumbraban por su fortaleza y su astucia en el combate; o le describía escenas palaciegas: la recepción de una princesa de Poitiers que buscaba a un caballero lombardo que se había fugado con su honra, el desfile de los prelados o la prestancia de los jinetes sobre sus monturas, sobre las anchurosas ancas de los caballos. De cuando en cuando cedía a sus caprichos y Felicia lo llevaba a conocer a su estirpe a Francia. Entonces, a horcajadas de un joven alazán, veía las inmensas superficies de playas, los campos de uva, los



manzanos, los jardines de flores. Y a aquellos condes que abandonaban su hacienda, sus hijos y el vasallaje para servir a un rey extranjero en las cruzadas.

Temprano fue reclamado en la Corte. Al principio sólo lo dejaban salir con los monteros por las encrucijadas del bosque, aunque muy pronto partió a las campañas con los soldados. Se admiró de la seguridad de su hermano Pedro, del aplomo y de su arrojo. Juntos cabalgaron tras las huestes de Rodrigo Díaz de Vivar, a sólo unos metros de su ostentosa *Babieca*; juntos penetraron en la vanguardia enemiga y quebraron las ordenadas columnas de los musulmanes. Ambos eran muy religiosos, nobles en el combate, aunque diferentes en las noches de acampada. Pedro entendía la aventura y el riesgo como prolongación de su entereza y de su cordura. Solía hablar de los astros, del porvenir, de las mesnadas de infieles y de las melodías de los trovadores. Alfonso era completamente diferente; parecía ensimismado, espinoso, abrupto. Con el paso del tiempo, esas cualidades se redoblarían y configurarían un militar osado, casi invencible, apasionado por la batalla personal. La muerte de sus hermanos Pedro y Fernando lo convirtió en un monarca impensado.

El juicio de la Historia, en su caso, deviene sumarisimo. Algunos cronistas le dedican un corolario de ácidos epítetos: impío, feroz, tirano, infiel, mendaz, pérfido e irreverente. Otros se ensañan con su ejército y dicen que vivía únicamente de la rapiña en tierras ajenas, en monasterios e iglesias. No obstante, lo que sí parece claro es que Alfonso *El Batallador* pretendió ser un soberano honesto, sin dobleces, cuyos actos respondían a una manera, a menudo visceral, de entender la política. Peleó con los almorávides sin tregua y efectuó expediciones complicadas en pos de sus feudos. Soñó con abrirse paso hacia el mar y careció de sentido diplomático. Cuando lo acababan las intrigas, o se cruzaban ante sus ojos la ambición de la nobleza y la inconstancia de las autoridades eclesiásticas, no sabía qué hacer. Obraba con torpeza y con precipitación, adoptando decisiones que a la larga le acarrearán enemistades. No entendió a los cortesanos ni a los que medraban saltando de tálamo en tálamo o a la sombra de una princesa veleidosa, escocida por un placer sombrío y una codicia desbocada. En el fondo, bajo ese talante de rey arrogante, impetuoso y autoritario, se ocultaba un hombre ingenuo y transparente. Para él la auténtica gloria se labraba con sudor, con sangre y con incesantes jornadas de vigilia, soportando la tormenta, los ataques a traición o aquel pedregal aéreo de catapultas que sorprendía a la tropa bajo la nevada.

Alfonso VI de Castilla y León, tras la muerte del infante Sancho, creyó que su hija Urraca carecía de «prudencia y firmeza» para ceñir la corona y concertó su boda con el rey de Aragón en un instante en que las fuerzas cristianas sufrían un asedio pugnaz. Alfonso I *El Batallador* nunca había mostrado el menor interés por otra dama que no fuese su madre. Le habían sugerido una esposa de la aristocracia gala o una doncella de su rango, pero no se inmutaba. Ni siquiera cuando, tras sus primeras batallas y los primeros rehenes, le recomendaban sus consejeros que tomase por

concubinas a las bellísimas hijas de los magnates moros. Sus leales le describían la piel dorada bajo la muselina, el talle exacto, los muslos requemados, la turgencia de un busto palpitante que ocultaba entre los zafiros y piedras preciosas un volcán, la dulce asfixia, el precipicio de la embriaguez. No hacía ni caso. Y cuando aquella tentación adquiría un cariz nítidamente voluptuoso, y las descripciones reventaban el pudor natural del adalid católico, las rechazaba con enojo. «Un verdadero soldado debe vivir con hombres y no con mujeres», sostenía. Sin embargo, no se negó al enlace, como muchos años después le ocurriría a su hermano Ramiro. Lo consideró casi una misión divina, una urgencia de estado si se quería paralizar el avance de los sarracenos. Contaba 36 años.

Aquella unión fue una auténtica tortura para ambos. Urraca se había quedado viuda de un caballero francés, pusilánime y pacífico, Raimundo de Borgoña, y había alumbrado un heredero: Alfonso Raimúndez. Las capitulaciones de su boda con Alfonso acordaban que si tenían un hijo, éste sería el sucesor del trono de León, Castilla y Aragón. Y sólo en caso de que no existiesen vástagos, accedería aquél al reinado. Esta resolución creó malestar en una buena parte de la aristocracia gallega, con el Conde de Traba al frente, y el arzobispo Gelmírez, y de ahí surgió un incesante movimiento de revueltas y conjuras que el propio Alfonso tendría que deshacer. Algunos nobles pretendían que Urraca se casase con el conde Gómez González, de quien estaba secretamente enamorada, y de ese modo Alfonso Raimúndez (futuro Alfonso VII) sería rey de Castilla y León. La conflagración se complicó todavía más con la intervención de Enrique de Portugal y Teresa, hermana de Urraca, quienes con ese enlace veían peligrar la expansión de sus territorios. Y algunos meses después, ya se hablaba de la invalidez del casorio: Urraca y Alfonso eran bisnietos de Sancho III y les cayó encima una amenaza de excomunión. Para explicar las desavenencias entre los cónyuges, se utilizaron casi todos los argumentos: se aludió a la misoginia del monarca, a su falta de pasión, a su crueldad e incluso se barajó la melancolía de Urraca, que no podía olvidar el frenesí de sus amantes de antaño o una experiencia nupcial anterior, pródiga en erotismo y afecto. Se desencadenó el choque frontal de dos personalidades antagónicas. Urraca era voluble, caprichosa, etérea y sumamente ambiciosa; Alfonso tenía ideales, era implacable y aguerrido. En el tempestuoso lustro de matrimonio, apenas hicieron otra cosa que organizar guerras civiles, traicionarse y reconciliarse, bajo los torvos impulsos de conspiraciones ajenas. Urraca, que se alejaba y regresaba con el marido, fue amante de Gómez González y del conde Lara, con los que mantuvo adulterios públicos y aireados en la Corte. El recuerdo de su segundo esposo no fue nada halagador. «Carecía de toda discreción», manifestó e indicó que «muchas veces había puesto sus sórdidas manos sobre su rostro y lo había golpeado con el pie». La reina de Castilla y León, que falleció en 1124, también definió aspectos del carácter de *El Batallador* a propósito de su profundo sentido de la superstición y de la creencia en fuerzas inquietantes. «Creía en los augurios y adivinaciones y en el poder de cuervos y cornejas». La noticia no parece ser gratuita porque

otro historiador aclara que en su ejército llevaba franceses que «usaban maleficios, encantos y adivinanzas, estudiaban en el arte mortal de la nigromancia y creaban repulsión entre la tropa». Alfonso la repudió en 1114 porque «no quería vivir en pecado con ella», máxime cuando los obispos habían proclamado que «aquellos que se unieron siendo consanguíneos o parientes, sepárense irremisiblemente o sean condenados».

A partir de entonces, Alfonso I *El Batallador* sólo se dedicó a ensanchar sus dominios y a repoblar de cristianos el reino. Desde su separación de Urraca llevó una vida espartana, severa, exenta de comodidades. Despojada de ocio. Se arrastraba por los campos, luchaba en el cuerpo a cuerpo y culminaba peregrinaciones y andanzas de meses y años completos con el vigor de la adolescencia, con la energía del soldado incipiente. No se le conoció jamás ni una sola mujer ni confesó tentación alguna hacia el sexo femenino. Se entregó a la tarea de gobernar con un espíritu belicoso y emprendió la reconquista de Zaragoza a los almorávides. Tras cuatro meses de asedio, faltos de víveres sus rivales y moribundos muchos de ellos, Alfonso remató la faena mediante elevadas torres de madera, catapultas y ballestas, lanceros y soldados de a pie. Aquel sólo era el principio. Fue magnánimo en las capitulaciones de la rendición y no expulsó brutalmente a los derrotados: les permitió quedarse sin ser molestados, los dejó vivir durante un año en el casco urbano y usar la mezquita mayor. Firmó un convenio de paz con Alfonso Raimúndez, a quien le cedió Castilla y León, después de varias escaramuzas, y prosiguió su avance hacia Tudela, Borja, Tarazona y Calatayud. Aunque la contienda de mayor importancia y de ejércitos más sanguinarios se libró en Cutanda. Guillermo IX de Aquitania acudió en su ayuda con 600 hombres. Los números de la batalla son reveladores por sí solos: quince mil soldados muertos alfombraron los campos y los páramos, y las hordas de Alfonso apresaron más de dos mil camellos y otras tantas bestias de carga.

Para defender los terrenos ganados e impedir la venganza de las fuerzas reunidas en Valencia, creó una Orden Militar en Belchite, a la que otorgó fueros excepcionales. Durante varios meses, aquella Milicia de Cristo fue el refugio de maleantes, impostores, homicidas, fornicadores, tahúres, etc.; con el paso de los años el centro acumuló dinero y bienes y mantuvo un ejército armado. Fundó la ciudad de Monreal (que quiso significar «morada del rey celestial») y organizó un batallón semejante cuya misión era el control de fronteras y de caballistas.

Su aventura más arriesgada tuvo lugar en 1126: la expedición a Andalucía. Fue una peregrinación secreta y morosa, colmada de asechanzas y de emboscadas, en la que no le favorecieron ni el tiempo ni los mozárabes de Granada y Guadix, en cuyo socorro acudía. Éstos, en procelosas cartas, le habían hablado de las riquezas del sur y le dibujaban un paraíso natural, sometido por el invasor, de riquísimas y espléndidas sedas, viñedos y olivares, aguas transparentes en hontanar y alberca, alcazabas y mansiones, y mujeres esbeltas cuya garganta albina sabía a manzana y a granada en

sazón. El ejército de *El Batallador* avanzó hacia Levante: recorrió Valencia, Murcia y atacó Guadix por los viejos cementerios de la villa con casi 50.000 hombres. Al cabo de unos días, plantó sus tiendas ante las murallas y durante dos semanas esperó colaboración de sus habitantes, pero no llegó la que él deseaba. Se sumaron a la tropa más de diez mil fieles. Ni aun así pudieron tomar la ciudad, aunque causaron enormes pérdidas, estragos y bajas en los ejércitos del rival. El regreso fue desolador. La peste se cebó con los soldados y todo tipo de enfermedades empezó a minar la salud de los combatientes. Ramón de Roda, obispo de Huesca, murió por el camino. Mucho más virulento fue todavía el asedio de Fraga. En su porfía de dominar todo el valle del Ebro, Alfonso I tomó Mequinenza y después se dirigió a la villa fragatina. El cerco se prolongó durante meses, pero a medida que transcurrían los días, la resistencia de los almorávides se fortalecía. La desesperación cundía entre los sitiadores y a nadie le importaba ya que a las puertas de la ciudad estuviesen jinetes renombrados, caballeros franceses, obispos, ducados, monjes o el propio García Ramírez, futuro soberano de Navarra. Algunos jefes, presagiando un desenlace funesto, hicieron testamento. Alfonso tuvo miedo por primera vez en su vida cuando vio que los enemigos salían de las cuevas y los subterráneos. Dos detalles de la reyerta le confirmaron la debacle. De pronto, un desconocido monje francés se levantó sobre la colina y gritó para que el rey lo oyese: «Yo invocaré a Dios contra ellos, se derrumbará la fortaleza y los asaltarás». En ese mismo momento, una piedra inmensa se elevó por los aires y partió al predicador en dos mitades. Y sobre las torres de la ciudad creyó ver el vuelo rasante de un vencejo y la mansa caída de una corneja. Cerró los ojos para no contemplar un instante más el horror y se retiró como pudo. ¡Cuántos hombres habrían perecido a lo largo de tantos días y siempre del mismo modo: de las neblinas de la noche cerrada surgía otro ejército musulmán, por la espalda, y el campamento se transformaba en un teatro del pánico y del estupor bajo aquel diluvio de saetas, dardos, lanzas, cuchillos y peñascos!

Poco se sabe de los últimos días de *El Batallador*. Algunos dicen que murió de pena y de vergüenza o devorado por el alacrán del resquemor; otros que perdió el juicio porque no pudo soportar un fracaso tan estrepitoso. En realidad, como todos los hombres que se afanan en la caza de una utopía, falleció de impotencia, que es una de las enfermedades incurables del alma.

